—Cedo el puesto, señora duquesa—dijo,—á la alegre Ketty, otra de mis discípulas, á fin de que os ponga en disposición de presidir el almuerzo, que trataremos de alegrar cuanto sea posible.

Entretanto voy á dar una vuelta por el parque y a respirar el perfume de vuestros jar.

dines.

—Id, mi buen amigo. Acaso encontréis en el parque á nuestra nueva institutriz. A decir verdad, me parece de una belleza un tanto peligrosa. Os ruego que os fijéis en ella. La señora de Rochemaure, á quien habéis visto aquí, me la ha recomendado calurosamente. ¡Tengo gran confianza en ella, pero hubiera deseado que su recomendada no fuera tan hermosa!...

—Ser hermosa no es un crimen, milady, y hasta en los paisajes, los árboles hermosos son de mejor efecto que las añosas y arrugadas encinas. Para ser virtuoso no es preciso ser deforme ni feo, y la perfección de los rasgos es á menudo indicio de la perfección del alma. En fin, milady, voy á respirar el aire para que se me abra el apetito y poder hacer honor á los talentos de vuestro cocinero.

El digno Kimdale dejó á la duquesa entregada á los cuidados de la doncella.

VII

Durante algunos minutos, paseó por los alrededores del castillo, deteniéndose cerca de las corbeilles de geránios de rosa, ó de verbenas, rodeadas de florecillas azules, haciendo crugir la arena de los paseos bajo sus anchos zapatos con hebillas de plata.

No pasaba á su lado individuo alguno de la servidumbre del castillo que no le saludase

afectuosamente.

El contestaba á los hombres con un saludo amistoso, daba un golpecito en las redondas mejillas de las muchachas y proseguía su camino, pensando en que Dios le había destinado días dignos de envidia.

Vagaba al azar, deleitándose en estos pensamientos, cuando al dar la vuelta de uno de los paseos, detrás de un bosquecillo, ovó el galope

de un caballo que se aproximaba. Al mismo tiempo dos grandes lebreles se lanzaban sobre él, acariciándole con ahullidos de alegría. Decididamente era el mimado de todos los habi-

tantes de Glenmore.

En el mismo instante, apareció la amazona, y saltando en tierra con ligereza, arrojó la brida sobre el cuello del caballo, que se fué solo á la cuadra, haciendo cabriolas y atestiguando con ellas que la carrera que acababa de hacer con su dueña, no había conseguido otra cosa que llenarle de regocijo.

Mis Steward no era lo que se llama una muchacha hermosa, pero tenia una gracia sin igual, una vivacidad asombrosa y ojos azules de singular encanto. Era todo sprit y malicia. Tenía demasiada voluntad y decisión en todas sus acciones, y no debía ser nada agradable el contrariarla en sus deseos.

Sus cabellos, de un color rubio, más pálido que el del oro, adornaban con arte su blanca y espaciosa frente. Era todavía una niña, pero una niña terrible, y se comprendía que estaba dotada de todas las aspiraciones y casi de todas las experiencias de la mujer.

Había llevado con entera libertad una vida medio civilizada, medio salvaje; civilizada en el castillo de los Albany, á la vista de su madre y de sus institutrices; salvaje en sus carreras desordenadas por los campos de Glanmore y en los bosques del dominio. Allí lo había oido todo, visto todo, examinado todo, meditado todo y comprendido todo.

Pasó familiarmente el brazo por el del vicario, é inclinando la cabeza con coquería sobre el pecho del pastor, ancho como un fuelle de fragua:

-¿Cómo os va, bello Adonis?—le preguntó riéndose á carcajadas.

—Mejor que á cierta adolescente á quien conozco—respondió el vicario—y á la cual traerán el día menos pensado sobre unas angarillas, al lado de su desconsolada madre.

—¡Oh!—replicó miss Lucy con desdeñosa mueca.—Eso es jugar el vocablo. ¡Un sacerdote respetable que se dedica á emplear palabras equívocas dignas de un académico de la legua! Os pregunto por vuestra salud y os ocupais de mi caballo.

-Es preciso estar rematadamente loca, hija mia-dijo el reverendo con prolongada sonrisa,—para hacer lo que vos haceis. Saltar como heroina de novela las empalizadas y los arroyos; ver á los pastores batir las manos en ejercicios dignos, no de un académico de la legua. sino de un clown de cualquier circo ambulante, v... cuando menos se piensa, ;patapum!, el caballo que cae en un foso, que rueda sobre las peñas, ó que desaparece en un abismo y miss Lucy, que quiere seguir siendo bonita, porque es coqueta, se vé desfigurada para el resto de su vida; tiene algun miembro indispensable á su locomoción fracturado, ó la pasa alguna cosa peor. Ya me conoceis, mi querida niña, y sabeis que no soy un rigorista, que no soy de esos pedantes que proscriben los placeres honestos; pero sí que aconsejo el que se use de ellos con moderación,

-Bien, muy bien, amigo mio. Esperad á de-

cir todo eso desde el púlpito y estad seguro de que os oiré religiosamente.

-¿Con el deliberado propósito de hacer todo lo contrario?

-Acaso!

56

- De donde venis?

—Sois curioso y debeis saber que eso es un vicio.

-No, es sencillamente un defecto.

Como os quiero bien, no os diré donde he

estado.
—Entonces lo adivinaré yo. Habéis dado la vuelta al lago; habéis entrado al galope en el bosque, y veinte minutos después llegabais á la cima de los montes Killiams.

-¡Sois brujo!-dijo Lucy sin bajar los ojos y jugueteando con una rosa que tenía en la mano.

—La vista es hermosa—replicó el pastor—desde aquella admirable altura: se vé á dos leguas las aguas del lago, y á lo lejos, entre el verde follaje del parque, las azuladas tejas del castillo y sus torrecillas, cuyas doradas veletas brillaban al sol. ¿No es verdad, miss?

-¡Admirablemente descrito!

-¿Es eso lo que os lleva á esas soledades y á esos serderos, al borde de los precipicios, en donde un mal paso de vuestra cabalgadura os puede hacer rodar á cien pies de profundidad, sin encontrar una rama ni una planta adonde cogeros?

Lucy enrojeció ligeramente; pero volviendo bien pronto á su burlona serenidad:

-¿Por qué no?-preguntó.

-Os creía más sincera con vuestro viejo amigo, hija mía-dijo el sacerdote, cuya frente se nubló; puesto que sois tan reservada, os diré vo el objeto de vuestras peligrosas excursiones á los montes Killiams. Hacia las cimas más abruptas y á la extremidad del bosque, se eleva entre la maleza una casa señorial abandonada, ó poco menos, puesto que es Dick Rowen, el viejo guarda de Aberfull, un fiel servidor de Albany quien la habita. Vive alli, como un buho, en la aislada torre, quasi nycticorax in domicilio. (¡Perdonad! la costumbre me lleva á hablar en latin á una señorita, y eso es una tontería tan grande como un elefante) y no es para contar las piedras caidas, ó las flores de enredaderas, para lo que os imponeis esas excursiones. Sed franca; ;hay otro atractivo en las cimas de esas rocas!

-¿Y qué atractivo es ese?

—Dick Rowen tiene un compañero más joven que él, su hijo Guy Rowen, una especie de soñador melancólico, que en lugar de llevar con gallardía la escopeta al hombro y de cumplir con su obligación como guarda, pierde el tiempo en contemplar los astros, sentado sobre un guijarro, entre los líquenes y los musgos, y que ritma baladas á la luna. Es un loco que no

tiene decisión para estudiar matemáticas, á fin de llegar á ser un marino útil, ó el derecho y las Pandectas para hacerse un abogado práctico, y se cree un génio incomprendido y desgraciado; un medio doctor que podría gozar tranquilamente del sano placer de la caza y llevar á las cocinas magníficos venados, de los cuales comería su parte en alegre compañía de la servidumbre; suculentas perdices que abundan en aquellas inaccesibles alturas y á las cuales hariais honor al verlas aparecer suntuosas y doradas en la mesa de vuestra madre; es un extravagante que podría beber y dormir sin cuidados, como sus semejantes, y que prefiere vivir en el aislamiento con su orgullo y su tonteria. Ese es el personaje extraño y curioso que os hace ir allí y con cuyas conversaciones os entreteneis.

—Y aun suponiendo que eso fuera cierto replicó la joven ¿os atreveriais á censurarme

por ello? En que hallais el mal?

—¡El mal, el mal! ¡Eso salta á la vista! Llegará un día, miss, en que volveréis el juicio á ese pobre muchacho, que no lo tiene muy sólido, y en que vuestras atenciones le harán formar un juicio muy equivocado de su capacidad y de su mérito, y pensará entonces: «Puesto que miss Lucy, que es una señorita bien educada, de gran casa, y que tiene todos los medios necesarios para su instrucción y estudio,

prefiere mi conversación á la de sus institutrices; puesto que abandona la casa paterna para venir aquí, es que soy un genio superior y que mi talento eclipsa el de todos los demás.» Eso ocurrirá, y sin embargo vos no queréis mal á ese pobre muchacho.

—¡Dios me es testigo de ello. Le aprecio de-

masiado para desearle ningún mal.

—A pesar de todo eso que decís, le perjudicáis con vuestras asiduidades.

El reverendo Kimdale se detuvo y miró fija-

mente á miss Lucy.

La joven sostuvo su mirada con imperturbable aplomo, sin que se moviera ni uno de los músculos de su fisonomía, en la cual se reflejaba la malicia.

El Vicario no pareció mostrarse muy convencido, después de este examen, y continuó andando en silencio en dirección del castillo.

Cuando acercaban á los fosos de Glenmore, los últimos compases de un vals llegaron á sus oídos, partiendo del primer piso, y una admirable cabeza de muchacha apareció en una de las ventanas, destacándose de ella como un retrato de su marco.

El vicario, deslumbrado, se inclinó ligeramente hacia miss Lucy, que exclamaba al propie tiempo.

—¡Calla! ¡mi nueva institutriz! Me agrada mucho más que la otra, que era fea y mala.

Dirigió á Juana una de sus más agradables sonrisas y la hizo seña de que bajara.

El sacerdote no dijo nada. La aparición de la institutriz le había dejado como aturdido. Pensaba en las palabras de la duquesa.

-«Hubiera deseado que no fuera tan her-

mosa.»

Aquella belleza en todo su esplendor, le asustaba; no por él, sino vagamente y sin que tratase de desechar la impresión que le había causado, preveia que aquella hermosura podría traer algun mal á las gentes del castillo.

Esta impresión se avivó cuando la institutriz estuvo cerca de él. Los cabellos de la joven, agitados por ligera brisa, dejaban al des-

cubierto un cuello escultural.

—¡Soberbia persona!—murmuró el reverendo Kimdale.

Y dirigiéndose á la joven la dijo:

—Acabais de hacer un largo viaje señorita y el cansancio ha debido influir en vos para

juzgar nuestras montañas.

—No caballero—repitió graciosamente Juana, que reconoció en seguida al vicario, recordando la descripción que la duquesa Rochemaure la había hecho del Pastor de Glenmo-re.—Desde que llegué, me causó la más viva admiración y me es ya tan simpático este magnifico país, como las personas que han tenido la bondad de recibirme en él.

-Cuando nos conozcais mejor-observó con su atractiva bondad-nos querreis aun más.

Juana le dió las gracias con una mirada y acarició con una sonrisa á su discípula, que per-

manecía callada.

—¿Y que diriais, caballero,—replicó la institutriz—si os afirmase que conocía antes de mi salida de París el castillo de Glenmore, á sus dueños y á los amigos de sus dueños, como si los hubiera visto? A vos, por ejemplo, no os he encontrado jamás en mi camino y, sin embargo, os he conocido inmediatamente.

-Me asombrais, señorita, y á ménos de un

milagro...

—Tranquilizáos, no hay nada de sobrenatural en esto. Mi madrina, que ha venido á menudo á Escocia y que tiene la bondad de ocuparse de mí, me lo ha descrito todo con tan agradables colores, que no he vacilado en venir á conocerlo. El aislamiento de Glenmore cuadra tanto á mí carácter, que lo he encontrado admirable y estoy muy contenta por haber venido.

Miss Lucy, que había guardado silencio hasta entonces, cautivada por la dulzura de su instítutriz, cuyas miradas la aseguraban una indulgencia sin límites, se apresuró á decir tendiendo la mano á Juana:

-Sed bienvenida, señorita. Gozareis de una gran libertad. Aquí hay libertad para todo el mundo. Montareis á caballo para recorrer nuestros bosques, haremos un poco de música y me hablareis en francés de las cosas de Paris, de ese Paris que nos atrae y nos seduce á nosotras pobres extranjeras ¿Quién os ha hecho ese traje tan lindo?

Se había roto el hielo ..

Se habló de Francia y Juana, con una destreza consumada, supo dar á sus interlocutores excelente opinión de su sencillez y de sus méritos. Tanto el vicario como su discípula se mostraron muy contentos de ella.

En el almuerzo, hasta la misma duquesa quedó impresionada por el encanto de aquella voz dulce, de una melodía penetrante y una ternura infinita. Olvidaron todos la provocativa y funesta belleza de la joven, perdonándo-la á cambio de su humildad y de sus dignas maneras.

Creyeron comprender que soportaba esta superioridad de la forma, como los ascetas el cilicio y que hubiera querido desprenderse de ella como de una cosa que molesta, ó de un defecto, si el sacrificio no hubiese dependido más que de su voluntad.

La duquesa, miss Lucy y el vicario, no eran, ni unos ni otros, ignorantes novicios, y sin embargo fueron engañados por la comedia representada por la institutriz que honraba á los modelos del Teatro Francés.

A partir de aquel momento, que fué un triunfo para Juana, lady Steward y su hija, olvidando la belleza de la joven, no se fijaron más que en sus gracias, en sus habilidades de todo género y en las complacencias sin fin que tenía para con ellas.

Cuando el vicario se alejaba del castillo iba siempre murmurando á lo largo del lago y por los senderos de la montaña, una infinidad de objeciones, contra la introducción en las familias de esas muchachas: hermosas, instruidas, elegantes y espirituales, que teniendo la desgracia de ser pobres, deben, á menos de poseer una virtud sobrehumana, ser devoradas por una envidia feroz y estar poseidas por la más ardiente ambición.

Un vago presentimiento de desdichas lejanas iba tomando cuerpo en su elevado espíritu. Pero en cuanto llegaba á Glenmore, un saludo de Juana, casi siempre suplicante y triste cuando se dirigía á él, disipaba sus prevenciones; se vituperaba á sí mismo la manera de pensar, se golpeaba el pecho con la contrición de un juez que hubiese enviado á la horca á un inocente, y trataba de espiar sus injuriosas dudas, deshaciéndose en elogios de la joyen.